

EL FINAL DEL CUENTO



ESTE verano, que parecía que no iba a acabar nunca, acabó, como todo. En los grandes almacenes se amontonan, bajo un cartel de «Liquidación de restos», los trajes de baño, los albornoces, los gorros de goma, que ya no despiertan en nosotras ningún desco. El gozoso momento de hacer preparativos, planes, maletas para el veraneo, ha pasado. Y ya estamos otra vez de vuelta, con la piel, que hace unos días fue de un precioso tono dorado, reseca y amarillenta, y con una nostalgia terrible de aquellos días que fueron, en la monotonía del año, algo así como un paréntesis emocionante, un cuento feliz del que fuimos únicas y absolutas protagonistas.

Es difícil volver a la juiciosa faldita de tergal y al jersey «standard» cuando acabamos de pasar un mes vestidas como una estrella de cine —al menos, eso es lo que creíamos—, a base de pantalones brillantes, blusas de estampados exóticos y sombreros en cuya creación se aliaron mentes parisienses, pajas isleñas y frutos insospechados.

Y lo más difícil es acomodar el pensamiento a esta realidad del otoño que empieza, realidad que solicita imperiosamente concentración y buen juicio. Durante las vacaciones nos habíamos acostumbrado a la delicia de dejar vagar la imaginación y a no dudar de todas las falsedades que ella nos proponía como ciertas: que estábamos guapísimas con el bañador recién estrenado, que nuestra línea no tenía nada que envidiar a la de Brigitte Bardot, que ese muchacho que venía a bañarse a la playa a la misma hora que nosotras era el hijo del embajador de un país árabe y que el saludo que nos dirigía iba cargado de admiración o, mejor, de devoción rendida y apasionada.

Y después de todo, ¿por qué no? En el mundo de las vacaciones todo es posible. Una vez que se toma el tren que va a dejarnos en el lugar escogido, comienza una aventura fascinante, aunque más no sea por hacernos vivir una vida distinta a la de todos los días. El señor que lee a nuestro lado y se levanta galantemente a cerrar la ventanilla cada vez que nota que nos molesta el viento, puede muy bien ser un novelista famoso, el médico eminente que se dirige a un congreso. Y la familia que tiene el toldo junto al nuestro, en la playa, ¿no será de esas que poseen títulos en tal número que nunca caben todos en las esquelas, y abuelos que figuran en la historia de seis países distintos, organizando revoluciones, dirigiendo ejércitos y sentándose en los tronos que ellos mismos contribuyeron a que quedaran vacantes?

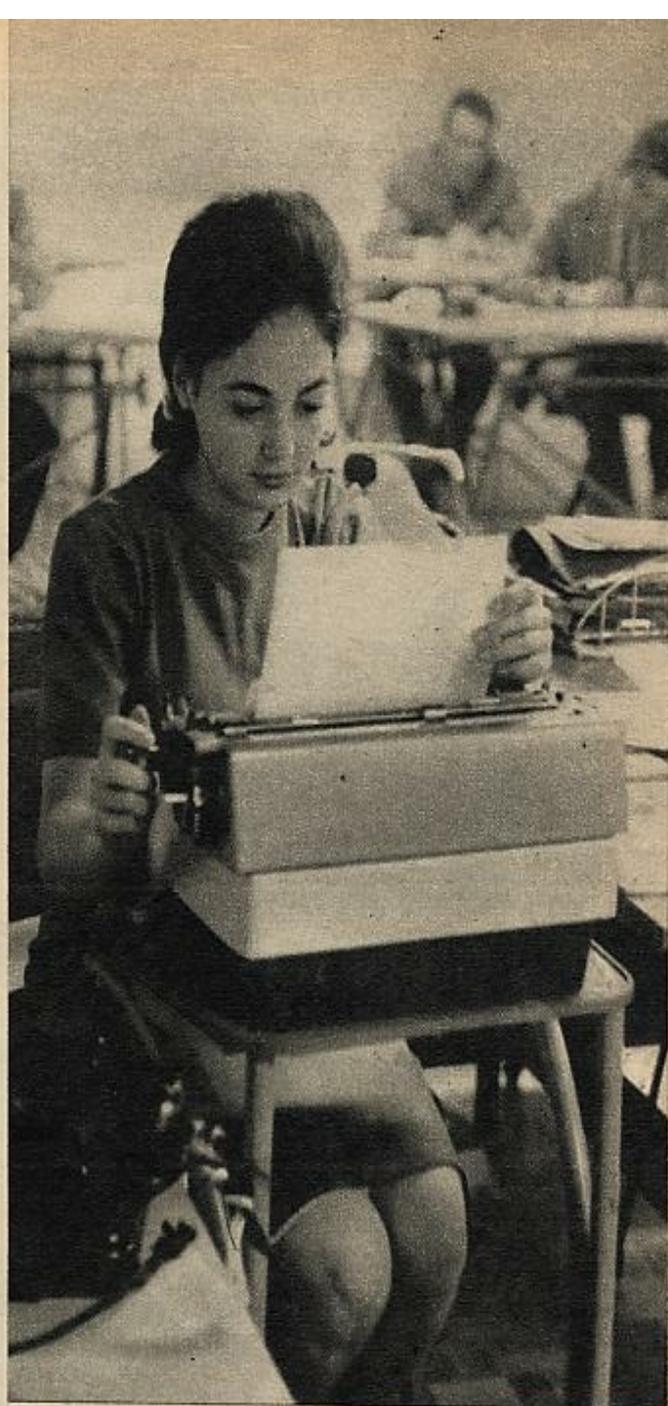
Mientras tomábamos el sol, tumbadas sobre la arena, saboreando ese sueñecito que no se instala del todo, pero que tampoco se quiere marchar pronto, nuestra imaginación saltaba de una cosa a otra como una loca. El novelista, el sabio, la familia aristocrática, el joven árabe estaban amontonados, apretaditos, debajo del pelo «rubio bambi» que escogimos para la especialísima fecha de salir de vacaciones, contándonos la historia que más nos gustaba oír. Eran originales, interesantísimos, fascinantes. No como los aburridos personajes con quienes nos codeamos a diario en el «metro» y la oficina.

Y nosotras mismas éramos distintas, más modernas, más rubias, más misteriosas. Ya no nos acordábamos de la muchacha que en Madrid, todos los días, sale de su casa corriendo con el tiempo justo para llegar al trabajo, peinada de prisa y maquillada apenas, a menudo malhumorada, que somos nosotras mismas. La habíamos dejado encerrada en un cuarto oscuro, avergonzadas de ella como de una pariente pobre, porque es vulgarcita e insignificante, con sus eternas faldas y sus eternos «jerseys», sus zapatos planos y su falta de fantasía. «Esa —dijimos— para la vuelta, para cuando ya no haga sol ni salgan en los periódicos fotos de Capri y Saint Tropez; para cuando se nos diga que han terminado las vacaciones y es hora de sujetar la imaginación; para cuando el despertador empiece a darnos la lata por la mañana y no tengamos más remedio que hacerle caso...»

A «esa» le ha llegado el momento. Ha empezado a vivir en el minuto justo en que hemos metido en el baúl el traje de baño, el sombrero que nos daba un aire de espías internacionales y la caracola que encontramos un día que había marea baja y que todavía huele a sal y arena húmeda.

Ahora, ya de lleno en las tareas monótonas de todos los días, nos parece que se han acabado los seres fascinantes. No encontramos a nuestro alrededor más que personas atragadas, sin incógnita, paliduchas y corrientitas, como nosotras mismas.

Jugadas de la imaginación, que de nuevo se divierte con nosotras.



Porque si entonces nos engañó haciéndonos creer que vivíamos rodeadas de individuos excepcionales, también nos engaña ahora al susurrarnos, pérfidamente, que ninguno de los que tratamos a diario merece atención.

El chico que trabaja en la misma oficina que nosotras y nos mira de vez en cuando por el rabillo del ojo cuando cree que no lo vemos, tiene un bonito pelo negro y los ojos rasgados, como aquel de la playa que supusimos hijo de un embajador árabe. Pero como no lo hemos visto pavonearse sobre la arena, despreocupado, libre, con la piel color terracota, no nos fijamos en él. Y, sin embargo, si pusiéramos atención, descubriríamos en sus «buenos días» un acento cordial, que muy bien pudiera traducirse por «está usted muy guapa hoy, a pesar de ir vestida con tanta sencillez, a pesar de su cara de sueño...» Porque esa mujer que somos durante once meses del año, la de la faldita, el jersey y las prisas, también tiene su atractivo. Es menos brillante, pero más auténtica. Y eso lleva ganando.

No arruguemos el ceño al otoño que empieza, no gastemos suspiros acordándonos del pasado verano. Pero si alguna tarde de domingo la nostalgia se hace insoportable, nadie nos impide sacar del baúl la caracola, acercárnosla a la oreja y revivir aquellos días en que fuimos protagonistas de ese hermoso cuento que, por ahora, ha terminado.